

Sociología

Jon Elster

# EGOnomics

Análisis de la interacción entre racionalidad,  
emoción, preferencias y normas sociales  
en la economía de la acción individual  
y sus desviaciones



gedisa  
editorial

Jon Elster

---

*ECONOMICS*

Serie CLA • DE • MA  
SOCIOLOGIA

Editorial Gedisa ofrece  
los siguientes títulos sobre

# FILOSOFIA

- JON ELSTER *Economics*
- AULIS AARNIO, ERNESTO GARZÓN VALDÉS Y JYRKI UUSITALO (COMPS.) *La normatividad del derecho*
- HANS RUDI FISCHER Y OTROS (COMPS.) *El final de los grandes proyectos*
- D. C. DENNETT *Contenido y conciencia*
- BERNARD SICHÈRE *Historias del mal*
- JULIO CABRERA *Crítica de la moral afirmativa*
- KITARO NISHIDA *Indagación del bien*
- IAN HACKING *El surgimiento de la probabilidad*
- DAVID GAUTHIER *La moral por acuerdo*
- JON ELSTER *Lógica y sociedad*
- MARTIN HEIDEGGER *Introducción a la metafísica*
- GIANNI VATTIMO *La secularización de la filosofía. Hermenéutica y posmodernidad*
- ROBERT NOZICK *Meditaciones sobre la vida*
- JON ELSTER *Juicios salomónicos*
- IAN HACKING *La domesticación del azar*
- THEODOR VIEHWEG *Tópica y filosofía del derecho*
- GEORGE STEINER *En el castillo de Barba Azul*
- PIERRE GRIMAL *Los extravíos de la libertad*

# EGONOMICS

***Análisis de la interacción entre  
racionalidad, emoción, preferencias  
y normas sociales en la economía  
de la acción individual y sus desviaciones***

y el relato autobiográfico  
«Going to Chicago...»

por

Jon Elster

**gedisa**  
editorial

© Jon Elster, 1997

Traducción: Irene Cudich

Diseño de cubierta: Marco Sandoval / Estudio Alterna

Primera edición, junio de 1997, Barcelona  
Reimpresión, 2013

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.  
Avda. Tibidabo 12, 3º  
08022 Barcelona, España  
Tel. 93 253 09 04  
gedisa@gedisa.com  
www.gedisa.com

eISBN: 978-84-18193-81-1

Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada de esta versión castellana de la obra.

# Indice

«GOING TO CHICAGO...» .....	9
<b>1. Egonomics</b> .....	37
I. Introducción .....	37
II. La teoría de la opción racional .....	43
III. La debilidad de la voluntad y el desinterés por el tiempo .....	54
IV. Exceso de voluntad e hiperracionalidad .....	66
V. Algunos mecanismos de formación de preferencias y creencias .....	72
VI. Recuerdos, previsión, imaginación .....	81
VII. La racionalidad, las normas sociales y las emociones .....	90
VIII. Conclusión: egonomics y autocontrol .....	97
Notas .....	105
<b>2. Racionalidad, emociones y normas sociales</b> .....	110
I. Racionalidad .....	111
II. Normas sociales .....	114
III. Las emociones .....	116
IV. La racionalidad y las normas sociales .....	119
V. Emociones y normas sociales .....	124
VI. La racionalidad y las emociones .....	128
Bibliografía .....	143
Notas .....	145
<b>3. La adicción y el juego</b> .....	148
I. Introducción .....	148
II. Definición de las adicciones .....	148
III. Explicación de las adicciones .....	157
IV. Definición de la adicción al juego .....	163
V. Explicación de la adicción al juego .....	169
VI. Conclusión .....	175
Bibliografía .....	176
Notas .....	178

<b>4. Una defensa de los mecanismos</b>	179
I. Introducción .....	179
II. Explicación por medio de mecanismos .....	181
III. Contraste y dotación .....	186
IV. Efecto indirecto y compensación .....	193
V. Algunas consecuencias para la macrosociología .	198
VI. De los mecanismos a las leyes .....	207
VII. Conclusión .....	212
Bibliografía .....	213

### **Obras de Jon Elster publicadas en español**

- Uvas amargas*, Barcelona, Ediciones 62, 1988.
- Una introducción a Karl Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- El cambio tecnológico*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- Tuercas y tornillos*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- El cemento de la sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- Juicios salomónicos*, Barcelona, Gedisa, 1991.
- Alternativas al capitalismo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y  
Seguridad Social. Centro de Publicaciones, 1992.
- Domar la suerte*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1991.
- Lógica y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- Justicia local*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- Psicología política*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- Egonomics*, Barcelona, Gedisa, 1997.

## «*Going to Chicago...*»

(Count Basie - Jimmy Rushing)

Tengo la impresión de que durante toda mi vida he estado haciendo lo mismo, es decir lo que he querido hacer. El único cambio que se produjo fue que a partir de cierto momento comenzaron a pagarme por hacerlo. Pero por supuesto, no es así de simple. En este ensayo, intentaré describir algunas de las complicaciones que se me presentaron.

Desde los primeros años de mi vida tuve dos grandes amores: la matemática y la literatura. Tanto mi madre como mi padre eran escritores. Mi madre escribía poesía y mi padre, novelas y cuentos. Además, mi padre se había graduado en matemática, mecánica y astronomía. Crecer junto a ellos significó una constante exposición al rigor y la claridad, a la imaginación y la creatividad. También eran personas de gran integridad moral, para utilizar una frase que, sin duda, les habría desagradado. Las palabras que mencionó mi padre acerca de mi madre en su funeral también podrían aplicarse a él: «Ella no tenía ningún interés en lo que era *correcto*, sino un apasionado deseo por hacer lo que estaba *bien*». En algunos de mis alejamientos de la integridad (véase más adelante), su ejemplo me ayudó a volver a la buena senda.

Durante parte de su carrera, mi padre se desempeñó como periodista especializado en temas políticos, adhiriendo firmemente al Partido Laborista Noruego. Sus amigos eran de izquierda y, por lo tanto, sin pensarlo siquiera, yo también lo fui. Luego de haber terminado la escuela secundaria y después de siete años de leer francés, matemática y filosofía en la Universidad de Oslo, decidí estudiar a Marx,



en un intento por descubrir bases más sólidas para mis convicciones socialistas intuitivas. Sin embargo, conocía lo suficiente respecto de Marx como para saber que primero tenía que estudiar a Hegel. De modo que en 1966 fui a París a trabajar junto a Jean Hyppolite, un prominente especialista en Hegel, conocido fundamentalmente por sus traducciones y por sus comentarios acerca de la *Fenomenología*. Los motivos que me impulsaron a dirigirme a París fueron en gran parte personales. Mi madre había vivido en Francia durante su niñez, pues su padre enseñaba noruego en la Sorbona y trabajaba en la elaboración de un diccionario francés-noruego. Años más tarde, mi madre tradujo novelas del francés al noruego. De modo que mi niñez tuvo un cierto entorno francés. Además, tuve una profesora de francés excepcional en la escuela secundaria. Por lo tanto, lo primero que hice al terminar mis estudios fue emprender mi viaje hacia París. Cuando regresé, la primera materia en la que me inscribí en la universidad fue francés. Habiéndome convertido en un «francófilo», fui a Francia a estudiar la obra de Hegel. Dada mi formación en filosofía analítica, quizás hubiera tenido más sentido ir a Gran Bretaña o a Estados Unidos. Pero esa idea nunca cruzó por mi mente.

Hyppolite fue muy cordial conmigo, pero estaba muy ocupado. Me puso en contacto con el Padre Régnier, con Gaston Fessard y otros eruditos especialistas en Hegel que vivían en un monasterio jesuita en Chantilly y que, muy amablemente, guiaron al novicio por los misteriosos caminos de Hegel. Presenté mi tesis: «Prise de conscience dans la *Phénoménologie de l'Esprit* de Hegel» en la Universidad de Oslo. Se trataba de una obra bastante críptica. No creo que la mesa examinadora haya comprendido mucho, pero me otorgaron el beneficio de la duda. Si bien la tesis tenía muchas fallas y era bastante imperfecta, logré aprender algunas cosas a partir de la *Fenomenología*. La dialéctica del amo y el esclavo es una magnífica obra de análisis, si bien anticipada, según aprendí más tarde, por John Donne. En este análisis y en otros similares, Hegel es marcadamente distinto al creador del sistema de la *Enciclopedia*, y muestra una relación más estrecha con los moralistas franceses

Montaigne o Pascal. Sin embargo, de más está decir que carecía de la claridad meridiana de los autores franceses. Dedicué mucho tiempo a luchar con los casi impenetrables textos de Hegel a fin de extraer algo que no fuese una mera paráfrasis, sino que tuviera sentido en un idioma común, no hegeliano.

En 1968 me dispuse nuevamente a partir hacia París, esta vez con la intención de estudiar a Marx. Le escribí a Hyppolite, quien, para ese entonces era el Director de la Escuela Normal Superior, y él me ayudó a obtener un lugar como «pensionnaire étranger» en esa institución. Además se avino a supervisar mi tesis, que presentaría para obtener el doctorado. Llegué a París en octubre de 1968. Allí me enteré de que Hyppolite había fallecido una semana antes de mi arribo. Entonces me puse en contacto con Louis Althusser, quien enseñaba filosofía en la Escuela y que probablemente fuera en ese momento el filósofo marxista más famoso del mundo. Aunque había leído extractos de sus obras *Para Marx* y *Leer El capital*, no estaba seguro de comprenderlas o de estar de acuerdo con lo que comprendía. Probablemente me sentí demasiado impresionado por su fama como para atreverme a pensar que se podría desnudar a ese emperador. Sea como fuere, pronto descubrí que Althusser no era lo suficientemente idóneo como para supervisar mi tesis, puesto que él mismo no contaba con el doctorado. El Padre Fessard, a quien conocí en el transcurso de mi estancia en Chantilly, me sugirió que me dirigiera a su viejo amigo Raymond Aron, para preguntarle si estaría de acuerdo en ser mi director de tesis.

En esa época, Aron era el Director de Estudios de la Escuela Práctica de Altos Estudios, donde coordinaba un seminario semanal al que asistí desde 1968 hasta 1971 y posteriormente, entre 1973 y 1974. Cuando lo conocí, me recibió con cortesía, pero con un dejo de escepticismo. Después de todo, yo provenía de la Escuela Normal, el bastión del marxismo althusseriano, que Aron detestaba. Sin embargo, a poco andar, el implacable sentido común de Aron dio por tierra con mis inclinaciones althusserianas. También aprendí mucho de los debates que se llevaban a cabo en el

ámbito de su seminario, en especial del exuberante filósofo griego Kostas Papaioannou. Aron, al igual que Hyppolite, era cordial, pero estaba demasiado ocupado. Además de reunirse conmigo una o dos veces por año para discutir los borradores de los capítulos de mi tesis, me dejó librado a mis propios recursos. En realidad, eso era exactamente lo que yo necesitaba. Pasé mis días en París forjando los cimientos que luego servirían de base para la mayor parte de lo que hice después.

Nuevamente, me aboqué al estudio de Marx. Evidentemente, debía abordar la economía marxista. Pronto descubrí que, para poder hacerlo, era necesario tener un conocimiento más cabal de la teoría económica, es decir, de la economía de la opción racional. Descubrí *Juegos y decisiones* de Luce y Raiffa, que se convirtió en mi vademecum durante los años siguientes. Llegué a estar firmemente convencido de que, para que el marxismo fuera viable, debía basarse en una teoría de la opción. En cambio, la rama estructuralista del marxismo, que le negaba toda función a la opción, parecía ser cada vez más insostenible. Por ejemplo, la teoría del valor del trabajo dejó de tener sentido para mí. El hecho de comprender a Marx también hizo que me adentrara en la historia económica, tema de los capítulos más interesantes del primer y tercer volumen de *El capital*. Escribí un libro en noruego sobre los problemas metodológicos de la historia económica, gran parte del cual incorporé posteriormente a mi tesis.

Completé mi tesis en 1971 y la defendí en 1972. El jurado estaba compuesto por Aron, Raymond Boudon, Jean-Claude Casanova y Alain Touraine. Entre 1971 y 1973 obtuve una beca de perfeccionamiento en la Universidad de Oslo. Durante los años 1973 y 1974 estuve en Francia, enseñando sociología en la Universidad de París VIII (Vincennes) y trabajando fundamentalmente sobre Leibniz. Durante esos años escribí e hice muchas cosas de las cuales no me siento para nada orgulloso. Si bien pensaba que mis normas analíticas eran estrictas, los años de estar en contacto con la charlatanería francesa no dejaron de afectarme. Después de todo, el seminario de Aron sólo había sido una pequeña

isla de cordura en medio de un océano de tonterías pretenciosas. Un libro que publiqué en 1975 sobre *Leibniz y la formación del espíritu capitalista*, por ejemplo, refleja cabalmente esa perniciosa influencia. Tal vez la peor de todas haya sido la apelación a la idea lacaniana de «plus-de-jouir» como una analogía freudiana con la idea marxista de la plusvalía. Incluso en épocas más recientes, cuando estaba preparando la versión en inglés de un libro que escribí en francés en 1989, *Psicología política*, descubrí que muchos pasajes no habían logrado sobrevivir a la traducción al inglés. Los que para mi imperfecto oído sonaban como aforismos elegantes, resultaron ser ambiguos o vacíos. Por lo tanto, juré no volver a escribir nunca más en francés.

En un nivel más práctico, el departamento de filosofía de Oslo se encontraba bajo una fuerte influencia maoísta a la que podría y debería haberme opuesto con mayor firmeza. Si bien no adhería a las opiniones de los maoístas, no estaba lo suficientemente seguro de mis propias ideas como para denunciar su inconsistencia. Afortunadamente, contaba con buenos amigos y colegas que, gracias a sus críticas y ejemplo, me permitieron apartarme de ese rumbo. Además de mis padres y de Aron, también debo mencionar a Per Schreiner, Dagfinn Føllesdal, Aanund Hylland, Leif Johansen y, unos años más tarde, a G.A. Cohen. Creo que por haber estado yo mismo bajo la seductora y corrupta influencia de la moda intelectual, hoy me enojan tanto el fraude y la charlatanería, sea que se encuentren bajo el disfraz del desconstruccionismo o de la corrección política. Basta conocer a uno de ellos para conocer a todos los demás.

En 1975 obtuve el cargo de profesor adjunto en la Universidad de Oslo, con una designación conjunta para los departamentos de filosofía e historia. (Este último nombramiento se debió a mis trabajos sobre historia de la economía.) A esas alturas ya había dejado de estudiar a Marx, luego de haber intentado, sin éxito, encontrar a un editor francés que publicara mi tesis. Parecía ser demasiado marxista para algunos y muy poco marxista para otros. En cambio, me aboqué a leer bibliografía sobre la opción racional y a mis estudios previos sobre lógica con el objeto de crearme

otros intereses. En *Lógica y sociedad* (1978), utilicé el aparato formal de la lógica modal cuantificada (la lógica de la necesidad y la posibilidad, ampliada de forma tal que abarcara la lógica de la creencia) y la apliqué a varios temas relacionados con la historia y las ciencias sociales. En la actualidad, cuando vuelvo a leer esa obra, encuentro que los diversos capítulos que la componen despiertan un interés disímil. Los capítulos iniciales, incluyendo el análisis de la posibilidad política desde la perspectiva de la lógica modal, quizá sean, por su naturaleza, ejercicios académicos y no instrumentos que permitan mayores desarrollos y aplicaciones. El capítulo sobre las «Contradicciones de la mente» intenta destilar la esencia de mi lectura de Hegel y relacionarla con los escritos de Sartre y Gregory Bateson. El capítulo sobre las «Contradicciones de la sociedad» es un análisis lógico-modal de la falacia de la composición, que luego se expande para abarcar la falacia inversa de la división. Aquí también intento precisar analíticamente la noción marxista de las «contradicciones sociales». El capítulo sobre el uso de factores contrafácticos en la historia enuncia lo que, según mi opinión, es una paradoja central en el empleo de ese razonamiento: la misma teoría que necesitamos para determinar qué hubiera sucedido en el tiempo 2 si el factor contrafáctico X y no el Y real se hubiera producido en el tiempo 1 quizá deba decirnos también que Y tenía que suceder. Si el antecedente contrafáctico es significativo, el consecuente puede ser impreciso. (En *El cemento de la sociedad* sostengo que existe un problema similar subyacente en las paradojas de la inducción retrospectiva.)

En *Ulises y las sirenas* (1979), analicé varios temas relacionados con la conducta racional e irracional. Las dos posturas básicas son las siguientes: en el primer capítulo sostengo que los agentes racionales, a diferencia de otros mecanismos de optimización tales como la selección natural (y ahora agregaría también el refuerzo), son capaces de una maximización global y no únicamente local. Al igual que el Dios de Leibniz, los seres humanos pueden «reculer pour mieux sauter», realizar sacrificios transitorios con el objeto de lograr mejores resultados a largo plazo. En el segundo

capítulo, el más largo de todo el libro, argumento que cuando las personas omiten utilizar esta capacidad para la conducta racional, como sucede con frecuencia, pueden recurrir a la «racionalidad imperfecta», intentando abordar en forma racional su tendencia predecible a comportarse en forma irracional. Un caso paradigmático es el de Ulises, quien se «comprometió previamente» al atarse al mástil y colocar cera en los oídos de sus remeros, con el objeto de que se resistieran a la tentación del canto de las sirenas. El ensayo abarca una gran cantidad de casos de compromiso previo, si bien ninguno es tratado en profundidad. Durante los últimos años he intentado desarrollarlos con mayor detalle, centrándome fundamentalmente en la idea de que la creación de una Constitución puede entenderse como una forma de compromiso previo (véase más adelante).

En esos años inicié el proceso gradual «de camino a Chicago». En varias ocasiones, a mediados de la década de 1970, me había desempeñado como profesor invitado en los departamentos de filosofía de Berkeley y Stanford, pero nunca me sentí totalmente cómodo allí. Si bien admiro mucho el rigor y el profesionalismo de los filósofos norteamericanos, descubrí que carecía de la capacidad o de la inclinación para emularlos. Cada vez que intentaba demostrar que mis argumentos eran sólidos, me veía enredado en algún tema nuevo. Además, mis intereses estaban cambiando: del ámbito de la filosofía de las ciencias sociales al de la ciencia social en sí. Cuando, en la primavera de 1979, el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Chicago me solicitó que participara como profesor invitado, de inmediato percibí que allí me sentiría como en mi casa. La Universidad de Chicago es un entorno sumamente estimulante, más dedicado a los intercambios intelectuales y menos preocupado por el prestigio y el poder que las grandes universidades de la Costa Este. Más específicamente, el Departamento de Ciencias Políticas resultó ser el lugar en que me sentí más cómodo. Regresé como profesor invitado en diversas ocasiones y luego, en 1984, me hice cargo de una cátedra.

Los ambientes académicos de Francia y Estados Unidos son muy diferentes, por lo menos desde la perspectiva de mis juicios valorativos. El sistema francés es feudal, organizado alrededor de feudos ferozmente protegidos, en los que sus barones rara vez se traban en confrontaciones directas, sino que luchan entre sí en lugar de hacerlo a través de sus serviles seguidores. El sistema estadounidense se parece a un mercado, basado en la competencia y en una necesidad constante de generar ofertas en el exterior con el objeto de obtener aumentos salariales. En Francia se dedica mucho tiempo y energía a la obtención de padrinazgos; en Estados Unidos, el progreso se basa en la regla «publicar o morir». Desde el punto de vista intelectual, el entorno norteamericano se caracteriza por una energía y un vigor increíbles y, por otro lado, por una gran crudeza conceptual y una sofisticación metodológica sin sentido. En Francia, como ya lo mencioné, los principales vicios son las modas intelectualistas y el oscurantismo. Entre las virtudes de los investigadores franceses encuentro una conciencia histórica y cultural mucho más desarrollada. Los científicos sociales saben más historia y los historiadores más sobre ciencias sociales que sus colegas norteamericanos. En Estados Unidos, las ideas nuevas se exponen a una crítica inmediata y enérgica. Todavía recuerdo el efecto que causó mi primera presentación en un taller de estudio norteamericano. A un estudiante ya graduado (o tal vez fuera un joven profesor adjunto) se le había asignado la tarea de hacerme polvo, cosa que hizo con gran entusiasmo e idoneidad. En Francia, por lo menos en la cátedra de Aron, la regla era ser amable con el orador. En caso de formular críticas, se las debía efectuar en una forma indirecta y esotérica.

Por sobre cualquier otro, prefiero el sistema norteamericano. Puesto que es un país tan grande, siempre es posible encontrar un grupo de investigadores centrado geográficamente —un «colegio invisible»— trabajando en la misma área que uno y utilizando enfoques similares. Y si tengo que elegir el menor de los males, prefiero la crudeza de gran parte de las ciencias sociales norteamericanas a la vacía arrogancia de los franceses. Es difícil imaginar a un presi-

dente de Estados Unidos siguiendo el ejemplo de François Mitterrand, quien eligió como sus principales asesores a dos charlatanes como Régis Debray y Jacques Attali. La cultura académica francesa, que se extendió a la vida política, convierte esta elección en inteligible. O bien consideremos la fascinación de los franceses por la Revolución Cultural de China. Por medio de las notas editoriales de *Le Monde*, el tonto romanticismo de los intelectuales franceses se extendió al ámbito político.

Mientras continuaba en la Universidad de Oslo, seguí trabajando sobre los temas de racionalidad e irracionalidad en *Uvas amargas* (1983). Allí me ocupé de dos temas centrales. El primero se refiere a la existencia de una amplia categoría de estados —yo denomino estados a lo que en esencia son subproductos— que no pueden *producirse* intencionalmente, aunque pueden *suced*er como subproducto de una acción emprendida con otros propósitos. No es posible programar la espontaneidad ni el olvido, ni tampoco vencer el insomnio, la impotencia o el tartamudeo con actos volitivos. Ni es posible lograr el autorrespeto con el solo hecho de leer un libro de autoayuda. Las acciones emprendidas con el fin de impresionar a los demás tienen muy pocas probabilidades de lograr su cometido, y el hecho de ordenarle a alguien que nos ame por lo general provocará rechazo. Otro argumento es que existe una amplia categoría de estructuras de preferencia —cuyo principal ejemplo es lo que yo denomino preferencias adaptativas— que dependen de las opciones disponibles para los agentes y no a la inversa, como sucede en la teoría económica estándar. Un ejemplo paradigmático es la fábula de la zorra y las uvas: si para ella estaban agrias, ello se debía únicamente a que no podía alcanzarlas. El caso opuesto, o sea las preferencias contra-adaptativas, se ve ilustrado por lugares comunes como «El fruto prohibido es el más sabroso» o «El césped del vecino siempre se ve más verde». Yo sostenía que esos fenómenos —los estados que son fundamentalmente subproductos y preferencias adaptativas (o contra-adaptativas)— tienen consecuencias para la filosofía de la explicación, la psicología moral y las teorías de la justicia distributiva.



Este libro ha sido escrito bajo la influencia de tres textos: la notable obra de Paul Veyne sobre las relaciones de autoridad en la antigüedad clásica, *Pan y circo*, la obra satírica *Cumbres abismales*, escrita por el disidente soviético Alexander Zinoviev y *La democracia en América*, de Tocqueville. Posteriormente se recopilaron ensayos de estos tres autores en *Psicología política* (1993). Más tarde, descubrí que muchas de las posiciones expuestas en *Uvas amargas* provenían de un ancestro aun más lejano: los escritos de los moralistas franceses, particularmente de Montaigne. Más adelante me referiré a este autor con mayor detalle. Ahora sólo deseo puntualizar el papel que algunos libros desempeñaron en mi desarrollo intelectual. En realidad, son muy pocos: *Juegos y decisiones*, *Estrategia y conflicto* de Thomas Schelling, *La China de Confucio y su destino moderno* de Joseph Levenson, *La religión y la decadencia de la magia* de Keith Thomas, el primer volumen de *El capital*, los libros de Veyne, Zinoviev y Tocqueville que acabo de mencionar, *Teoría de la justicia*, de John Rawls, y los *Ensayos* de Montaigne. Todos ellos conforman un ramillete idiosincrásico y heterogéneo, pero supongo que cualquier lista tendría las mismas características. Lo que ofrecen son perspectivas del mundo. Otros libros, de similar importancia, forman parte del mundo, o de mi mundo. Entre éstos se encuentran, fundamentalmente, todas las novelas de Stendhal y de Jane Austen. He convivido durante tanto tiempo con sus personajes que lo que ellos hacen y dicen es tan tangible e importante como lo que observo con mis propios ojos, lo que les escucho decir a mis amigos, lo que leo en los periódicos o lo que aprendo de historiadores y científicos sociales. En realidad, en ocasiones sus novelas me parecen más dignas de confianza que cualquier otra de las fuentes que he mencionado.

En 1983 también publiqué un libro sobre la filosofía de la explicación en el campo de las ciencias sociales: *El cambio tecnológico*. En la primera parte, hago una distinción entre tres formas de explicación científica: la causal, la intencional y la funcional. En la segunda parte expongo cuatro teorías acerca del cambio técnico desde la perspectiva de la siguiente

diferenciación: teorías neoclásicas, teorías evolucionistas, teorías marxistas y la teoría de Schumpeter. Pero en este momento, deseo poner de relieve dos ideas que figuran en la primera parte del libro. En primer lugar, insisto en el principio del individualismo metodológico: toda explicación social válida debe enunciarse (o debe poder enunciarse) de modo que se refiera únicamente a los seres humanos como personas: sus deseos, creencias, emociones, otras propiedades, y las relaciones entre unos y otros. En determinados lugares también hago referencia a este principio como «la necesidad de micro-cimientos» y, en otros, como «la necesidad de un mecanismo». (Si bien más recientemente, como lo explico luego, he comenzado a emplear la idea de mecanismo en otro sentido.) En segundo lugar, el libro es la culminación de una cruzada en la que me había embarcado para luchar contra la explicación funcional en el ámbito de las ciencias sociales. Existe una tendencia cada vez mayor entre los científicos sociales, y entre todos nosotros en la vida cotidiana, a suponer que si un patrón de conducta o una institución produce un resultado que es beneficioso para algo o alguien, ese hecho también explica la existencia de tal patrón o institución. ¿Cui bono?

Considero que esta tendencia puede rastrearse hasta encontrar su origen en una necesidad profundamente asentada en el ser humano de percibir el significado y el orden en el universo y en una aversión sólida y vehemente, de las mismas características, a admitir la existencia de la casualidad y de lo fortuito, del sonido y la furia. (Según mi parecer, se trata de una explicación causal y no de una intencional o funcional.) Las siguientes son algunas de las formas que utilizamos para intentar satisfacer nuestra necesidad de orden: culpar a la víctima (reducir todo vestigio de injusticia), descubrir conspiraciones, apelar a las intenciones inconscientes, transformar lo que únicamente puede ser un subproducto de la conducta en el objetivo de la conducta... y apelar a explicaciones funcionales. Según mi opinión, una tarea básica de las ciencias sociales debe ser el análisis detallado de esta necesidad y de sus expresiones. Resulta irónico y triste a la vez que, en gran medida, se

hayan convertido en cambio en su sirviente. A modo de compensación, la apelación a las explicaciones pseudocientíficas que ofrecen el psicoanálisis y la sociología funcional debería convertirse en sí misma en el objeto de una explicación que no fuera pseudocientífica.

Mientras tanto, de regreso en Marxville, parecía no estar totalmente en un callejón sin salida. Si bien mi interés por Marx se había vuelto secundario con respecto a mi trabajo sobre la racionalidad, la publicación en 1978 de la obra maestra de G. A. Cohen, *Teoría de la historia de Karl Marx*, me indujo a reconsiderar mis prioridades. Junto con Cohen, John Roemer y algunos otros formé un pequeño grupo de «marxistas analíticos» que se ha estado reuniendo anualmente desde el año 1979 y que produjo, entre otras cosas, una serie de libros publicados por Cambridge University Press. Entre los primeros, se encontraba una versión completamente revisada de mi tesis *Buscándole el sentido a Marx* (1985), con grandes modificaciones luego de haber sido tratada en el grupo. Sobre la base de los principios de la elección racional y del individualismo metodológico, e imbuido por el escepticismo que nos despertaba la explicación funcional, el libro objetaba hasta cierto punto la filosofía de la historia de Marx, sus teorías económicas, su teoría de la lucha de clases y su teoría del Estado. Fue objeto, como era de esperar, de diferentes reacciones. Algunos pensaron que mi libro era una distorsión de las ideas marxistas, y que un título más adecuado hubiera sido *Haciendo un sinsentido de Marx*. Otros afirmaban que, puesto que en mi lectura de Marx éste perdía casi todo su sentido, el libro debió titularse *Haciendo picadillo a Marx*. Y otros argumentaban que, dada mi crítica destructiva de Marx, junto con el hecho de sostener que era un marxista de primera hora, debía tildárseme más de ser un «marxista sentimental» que un «marxista analítico».

Mi primera respuesta consistió en trazar una distinción entre los aspectos explicativos y normativos del marxismo y en exponer mi adhesión a estos últimos, criticando duramente a los primeros. La parte normativa de la teoría tenía, a mi entender, dos componentes. Por una parte, Marx

criticaba la *alienación* capitalista, y sostenía que la alternativa positiva era una vida activa y comunitaria de autorrealización. Por otro lado, criticaba la *explotación* capitalista (y precapitalista en lo que a este tema se refiere), sin presentar una alternativa positiva muy bien definida. Posteriormente, John Roemer demostró que la idea de la explotación no puede ser tomada como una categoría moral fundamental. Existen situaciones moralmente inobjetables que, sin embargo, se caracterizan por la presencia de explotación en el sentido clásico marxista. Aunque muchas formas de explotación son moralmente incorrectas, el hecho de la explotación en sí no constituye un elemento suficiente para afirmar que todas lo sean. Por lo tanto ahora creo que la crítica esencial de Marx a la sociedad capitalista y el principal elemento de su teoría que aún persiste en la actualidad es su denuncia de la alienación. Por el hecho de ser una persona sumamente creativa, sabía que para las personas la autorrealización era sinónimo de una buena vida. También pensaba, en un sentido más utópico, que para vencer el aislamiento de los individuos entre sí, esta vida debía transformarse en la autorrealización *para los demás*. Desde mi punto de vista, me atrae más la idea de la autorrealización *con los demás* y considero que es una manera más factible de integrar la creatividad individual con la comunidad. En mi pequeño rincón del universo, la comunidad de investigadores puede, cuando funciona bien, encarnar ese ideal. Una tarea política de importancia consiste en crear las condiciones en las cuales esta situación pueda ser accesible también para otros.

Luego de haber terminado mi libro sobre Marx y de haber sufrido una breve depresión posparto, retomé los temas de la racionalidad. El punto de partida de mis investigaciones fue una corta nota editorial de un periódico jurídico noruego sobre el principio legal, adoptado en todos los países occidentales, de que en el litigio por la tenencia de un hijo, la elección de quién lo tendría a su cargo debía basarse en «lo mejor para el interés del niño». El editorialista, Kirsti Strøm Bull, sostenía que tal vez no fuera lo mejor para el interés del niño, o de los niños en general, seguir este princi-

pio. Al meditarla, esta afirmación aparentemente paradójica me resultó muy convincente, sobre todo porque el proceso de identificar cuál de los padres es el más adecuado para hacerse cargo puede llevar mucho tiempo y ocasionarle mucho sufrimiento a ese niño. Pensé que podría ser mejor para el niño si el tribunal cumpliera con una simple reglamentación mecánica: la presunción de la tenencia materna o, desde una perspectiva más extrema, elegir a cara o cruz quién sería el progenitor a cargo de la custodia. Escribí un artículo sobre el tema, «Juicios salomónicos», publicado posteriormente (1989) como el tercer capítulo de un libro del mismo título. En el segundo capítulo de ese libro, «Domar la suerte», abordé el tema general del empleo de dispositivos aleatorios para tomar decisiones individuales o sociales. Siguiendo la misma línea de un brillante artículo de Otto Neurath de 1913, sostuve que en los numerosos casos en que la razón no basta para producir resultados definitivos, lo mejor que se puede hacer es dejar la decisión librada a la suerte. Sin duda, utilizar una lotería en lugar de la razón se contrapone radicalmente a la necesidad de darle un orden y significado a la propia vida. Por lo general, somos *adictos a la razón*, lo que nos conduce a lo que Neurath denominó pseudorracionalismo y que yo llamé hiperracionalismo.

Aproximadamente en la misma época la Asociación Sueca de Empleadores me solicitó que escribiera algo acerca del sistema sueco de convenios colectivos de salarios. Durante un tiempo, me sentí confundido. Las teorías existentes de opción racional sobre convenios de trabajo no ofrecían, aparentemente, una explicación de las tendencias igualitarias que se observaban dentro del movimiento sindical sueco. Si los salarios eran exclusivamente el resultado del autointerés racional y de los convenios obtenidos con presiones, ¿por qué los sindicatos más fuertes levantaban los puños? Obtuve la colaboración de Amos Tversky y de Fredrik Engelstad, quienes me sugirieron que debía agregar *normas sociales* al repertorio de las motivaciones de la conducta. Se supone que los agentes racionales sean coadyutorios y muestren una conducta de expectativas positivas.

Por el contrario, las normas sociales son mandatos que, o son incondicionales o bien, en caso de no serlo, dependen de hechos del pasado y no de condiciones del futuro. El primer caso se ve ejemplificado en las prohibiciones del incesto y el canibalismo, mientras que el segundo se encuentra ilustrado por las normas de venganza y por las normas que reglamentan el otorgamiento de dádivas. Desde esta perspectiva, la conducta de los sindicatos suecos podría interpretarse como una apelación a poderosas normas de igualdad. En *El cemento de la sociedad* (1989) intenté abordar de manera más sistemática el contraste entre la racionalidad y las normas, utilizando los convenios salariales como ejemplo. Más adelante, me sentí especialmente fascinado por dos casos extremos. Por un lado, se encuentran las delicadas normas de la venganza, los combates feudales y otros elementos afines. Por el otro, están las normas de menor importancia referentes a la etiqueta, al vestir, los modos de hablar y demás. Una teoría unificada de las normas debería incluir y explicar ambas. Ojalá contara con esa teoría, pero lamentablemente no es así.

El resultado del contenido de esos dos libros fue que dejara de creer en el poder explicativo de la teoría de la opción racional. Existen dos formas en las que esa teoría puede fracasar: por falta de determinación o por irracionalidad. Por un lado, existen situaciones en las que la teoría no da prescripciones ni predicciones únicas. Los dos exponentes más claros tal vez sean la incertidumbre brutal y la incertidumbre estratégica. La primera de ellas surge de la dificultad de prever las consecuencias futuras de las acciones del presente y la segunda, de los problemas de la toma interdependiente de decisiones. En mi libro sobre el cambio técnico hay ejemplos de lo anterior. Un motivo por el cual las empresas no pueden saber cuánto dinero sería racional invertir en el desarrollo y la investigación es que no pueden conocer de ninguna manera qué inventos aún por descubrir les están esperando. Otra causa es que la inversión óptima depende de lo que hacen las demás empresas: dentro de un sistema de tipo «el ganador se lleva todo», cada compañía debe invertir una gran cantidad de dinero si otras invierten